

ITINERARIO BIOGRÁFICO

Relato de una vida

Próximo ya a los cuarenta años, inicia Ortega una de las etapas más intensas y fructíferas de su carrera intelectual. En 1922 aparece en Calpe su gran obra de tema español, *España invertebrada*, a la que seguirán un giro hacia lo universal, sin abandonar del todo los temas nacionales y el activismo político, y una mayor implicación en lo que se ha dado en llamar las empresas culturales. En 1923 aparece la *Revista de Occidente*, que reunirá en sus páginas a lo más granado de la intelectualidad española y europea, proyecto en el que el filósofo contará con la inestimable ayuda y apoyo fundamental de Fernando Vela. Pronto, la publicación periódica cederá su denominación al proyecto editorial homónimo, que acogerá traducciones y obras originales de pensadores, científicos, publicistas, literatos e investigadores de la más variada procedencia y el más alto nivel. A estas dos empresas debe sumarse por aquellos años la tertulia de la propia revista-editorial y la activa participación en la Sociedad de Cursos y Conferencias vinculada a la Residencia de Estudiantes. Ortega destaca como conferenciante, patrono, presentador, animador y público activo en los acontecimientos públicos que ambas iniciativas promueven y se convierte, gracias a todos estos proyectos, sin abandonar su tribuna en *El Sol* y su colaboración con Calpe (que se fusiona en 1922 con Espasa), en uno de los pensadores e intelectuales de mayor influencia en los años veinte y treinta de la cultura española contemporánea. En este itinerario biográfico me ocuparé, precisamente, de los acontecimientos que se suceden entre 1921 y 1925 y que determinarán lo que podríamos denominar la ampliación del horizonte histórico que lleva a Ortega desde Calpe y la preocupación por la vertebración de España a una visión más mundial y una atención global por Occidente y por las cuestiones históricas, antropológicas, sociológicas y filosóficas universales, las cuales irán culminando en su obra posterior a 1923: *El tema de nuestro tiempo*, *Las Atlántidas*, *La deshumanización del arte* y *La rebelión de las masas*; por solo mencionar las de los años veinte del siglo pasado.

Cómo citar este artículo:

Carriazo Ruiz, J. R. (2012). 1921-1924: la ampliación del horizonte histórico. *Revista de Estudios Orteguianos*, (25), 27-70.

<https://doi.org/10.63487/reo.430>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 25. 2012
noviembre-abril

1921-1925 LA AMPLIACIÓN DEL HORIZONTE HISTÓRICO

José Ramón Carriazo Ruiz

ORCID: 0000-0002-0347-1284

El próximo año se conmemorará el nonagésimo aniversario de la creación por Ortega y su equipo de colaboradores (Fernando Vela, Dolores Castilla) de la *Revista de Occidente*. Este hecho histórico coincidió en el tiempo con la incorporación de Ortega a la Sociedad de Cursos y Conferencias de la Residencia de Estudiantes. Ambas fundaciones resultarán, con el avance de la tercera década del siglo XX, acontecimientos que marcarán el desarrollo de la obra orteguiana, desembocando en un proceso de universalización, por no decir globalización, en los temas y motivos de los textos del filósofo, quien, sin desamparar la preocupación por la política y la modernización de España, va a empezar a interesarse en asuntos de mucho más amplio espectro, tanto espacial como temporal, introduciendo la reflexión histórica y etnográfica en sus preocupaciones, especialmente a partir de *El tema de nuestro tiempo* y *Las Atlántidas*.

Ese proceso de universalización o globalización de los motivos de reflexión es lo que el propio Ortega, achacándoselo a su generación, denominó “la ampliación del horizonte histórico”. Tal ensanchamiento se produce, principalmente, en dos ejes: el temporal (gracias a los descubrimientos arqueológicos de Schulten en el Mediterráneo occidental, incluida Numancia, entre otros, como los de Carter en Egipto o los de Obermaier en la región franco-cantábrica) y el espacial (o propiamente etnológico, gracias a Frobenius en África occidental, o a los expedicionarios alemanes en el Tíbet y otras regiones de Oriente, incluida China). Todo ello se podría metaforizar con el paso de Calpe (Gibraltar como frontera) al concepto de Occidente (como resultado de la ampliación del horizonte etnológico); pero claro, el estudio de todas las implicaciones de esta metaforización supera con creces los límites de un itinerario, por lo que he querido centrarme en las primeras fechas del proceso (1921-1925) y tratar de rastrear aquellos acontecimientos vitales de esos años

que puedan justificar tal ampliación, fijándome especialmente en los primeros pasos de la editorial Revista de Occidente y su colección inaugural, en la participación de Ortega en la Sociedad de Cursos y Conferencias, y en la publicación de *Las Atlántidas* y los artículos periodísticos anejos (“Las ideas de León Frobenius”, “Dan-Auta (cuento negro)”).

1921-1923. Antecedentes: Calpe, las primeras menciones de Leo Frobenius y la fundación de *Revista de Occidente*

España invertebrada había aparecido en *El Sol* entre el 16 de diciembre de 1920 y el 5 de abril de 1922, dividida en dos series periodísticas tituladas “Particularismo y acción directa”, título adoptado por la primera parte de la monografía que recogió los primeros cinco artículos, y “Patología nacional”, serie compuesta por otros seis artículos que pasaron al segundo apartado de *España invertebrada*, bajo el epígrafe “La ausencia de los mejores”, junto a la última entrega de la otra serie, la titulada “Particularismo y acción directa. Bosquejo de algunos pensamientos históricos VI y último. ¿No hay hombres, o no hay masas? Conclusión” (*El Sol*, 9 de febrero de 1921). La publicación del libro con el diagnóstico de los problemas que acuciaban al país y al Estado en la culminación de la crisis del paradigma político de la Restauración tras la Primera Guerra Mundial, que había dado un cierto respiro económico y político al sistema constitucional, presenta algunas particularidades editoriales. En la cubierta se señala: Madrid, La Lectura, 1922; los créditos editoriales, sin embargo, indican: Madrid, Calpe, 1921. *España invertebrada* y la tercera entrega de *El Espectador* fueron, así, las primeras obras orteguianas publicadas por una nueva editorial: Calpe (Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones), a la que Ortega estaba muy ligado: “Calpe se constituyó el 1 de junio de 1918. [...] Ortega ejercía una influencia notable en la elección de las obras a publicar y en la búsqueda de colaboradores”¹.

En Calpe se publicaron la segunda y la tercera ediciones de *Meditaciones del Quijote* (1921 y 1922, respectivamente). En la de 1922 aparece la primera mención en la obra orteguiana de un personaje que se convertirá en una referencia constante en ella durante los próximos dos años, hasta la publicación en 1924 de *Las Atlántidas*. Se trata del etnólogo y arqueólogo alemán Leo Frobenius, a cuya presencia en los textos de estos años le dedicaremos buena parte del presente itinerario. En una nota al pie incluida en el sexto apartado (*Cultura mediterránea*) de la tercera edición de *Meditaciones*, que no pasará a versiones posteriores, comenta Ortega lo siguiente:

¹ Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza y Janés, 2002, pp. 212-213.

Hace ocho años que escribía yo esto. Desde entonces no he tenido ocasión sino de confirmar mi opinión. La distancia entre Roma y Grecia se ha ido haciendo cada vez mayor en la ciencia histórica. Por otra parte, los estudios sobre el Norte africano han descubierto las más sorprendentes identidades con la costa de enfrente. Véase, por ejemplo, en la obra de Frobenius, *Und Afrika sprach*, las profundas concordancias entre la cultura etrusca y la tunecina prerromana².

El hecho de que esta nota al pie apareciese solo en la tercera edición de *Meditaciones* y no se recogiese en ninguna de las otras versiones del texto ha hecho que pasase desapercibida para la crítica, y sin embargo encierra un profundo significado como prueba del interés que por entonces suscitaban en el filósofo madrileño las lecturas de antropología africana y, en especial, el libro aquí mencionado de Leo Frobenius.

Ese mismo año, apareció en *El Sol* del 25 de abril, la versión orteguiana de una antigua historia transmitida oralmente en la franja del África Occidental que va desde Senegal hasta el Nilo y transcrita como *Leyenda de los Hausa en Katsena* en el libro de 1912 *Und Africa Sprach* de León Frobenius. Esta “leyenda” o “conseja” pasaría posteriormente a *El Espectador IV* (1925), aunque perdería el primer párrafo de su publicación periodística, donde Ortega ofrecía su contexto pedagógico, y que se ha recuperado en la reciente edición de las *Obras completas* del filósofo madrileño:

En el último número de la *Revista de Pedagogía* publica un artículo sobre *Rousseau y la significación de la infancia* el Sr. Claparède, psicólogo estimado y uno de los pedagogos más distinguidos de Europa. Me complace hallar en sus páginas curiosas aproximaciones a pensamientos expuestos por mí en *EL SOL* dos años hace, bajo el título *Biología y Pedagogía*. Acaso el Sr. Claparède no ve con la precisión y agudeza que fueron deseables la ingente cuestión que él llama –coincidiendo con el vocabulario por mí usado– significación biológica de la infancia. Acaso también supone en Rousseau una intuición de este problema que solo le puede ser atribuida por el patriotismo suizo al Sr. Claparède. Pero lo importante es el hecho de que pedagogos de oficio y título, no meramente fortuitos como yo, advierten que todo el orbe de la educación debe gravitar sobre este radical mandamiento: no hay que educar al hombre en el niño, sino al niño en el niño. Yo diría aún más: es preciso asegurar la supervivencia del niño en el hombre adulto. La madurez es un fenómeno de adaptación, de mecanización, de desvitalización impuesto por la necesidad. Vivimos propiamente en la medida en que logramos conservar una parte de la espontaneidad primaria que es la niñez.

² José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, tomo I, 2004, p. 990. A partir de ahora, todas las remisiones a las *Obras completas* se referirán a esta edición y se harán constar mediante al indicación del tomo, en romanos, y las páginas, en cifra.

Leyendo las páginas del Sr. Claparède, he recordado la historia de Dan-Auta, viejo cuento sudanés.

Una vez, hace mucho tiempo... (II, 909).

Sin esta contextualización en el ámbito de la pedagogía, el texto pasaría a *El Espectador IV* con unas líneas introductorias mucho más poéticas en 1925: "He aquí el cuento que en las noches de invierno cuentan en el Sudán los viejos recitadores, con sus labios gruesos y prominentes, mientras el fuego chisporrotea" (II, 461). Esa ausencia de contexto en la monografía, y la falta de atención a la nota al pie donde se aclara que la "conseja" (según se llama el cuento en *EL Espectador*) o "leyenda" (como se denomina en el diario madrileño) está tomada del libro de Frobenius, ha llevado a que a veces se critique el intento de apropiación o plagio por parte de Ortega³.

Ortega se convierte, entre 1920 y 1922, en el indiscutido líder intelectual de su generación, respetado también tanto por sus mayores como por los jóvenes, con un inmenso prestigio no solo dentro de España y en la Argentina, sino también, y esta será la principal novedad aportada por la nueva década, en el ámbito internacional, en el extranjero más allá de los países de habla hispana: "Entre los que se interesaban por España fuera de nuestras fronteras, la obra de Ortega empezaba a tener una importante repercusión a pesar de que todavía no se había traducido casi ningún texto suyo a otra lengua"⁴.

La obra de Ortega gana en difusión internacional, empiezan a traducirse sus textos y recibe invitaciones de países de habla no hispana, pero este no va a ser el único sentido en el que se puede hablar de cosmopolitismo o globalización. También en los temas, las preocupaciones, los tópicos y las formas, el pensamiento de Ortega va a ganar en intereses pluri- y ultra-nacionales: cada vez más, su obra se enriquecería en contenidos no españoles y, al tiempo, en proyección, repercusión y recepción internacionales. Pieza clave en este proceso,

³ "Al que se atribuye, erróneamente, su autoría en varias antologías de cuentos", según afirmación de Jacobo VALCÁRCEL, en el artículo "La historia de Dan-Auta, un cuento negro"; donde ofrece, además, una completa descripción del cuento que puede oírse "desde la tierra de los Mossi (que incluye Burkina Faso y otras partes de África Occidental, principalmente Malí y Togo) hasta el lejano Este y Sur, en donde puede oírse igualmente en labios de un Fulani o de un Mandinga, y que hay muchas variantes en los países Hausa y Nupe (un grupo étnico de Níger y Nigeria)", y una interpretación muy acertada de la oposición antropológica de Ortega a los principios difusionistas de Frobenius: "Las teorías de Frobenius se incluyen en lo que se llama «difusionismo», según el cual entre pueblos diferentes se dan coincidencias y similitudes porque se han difundido a partir de un núcleo originario común. Sin embargo como decía Ortega y Gasset nada impide que «un mismo objeto pueda haber sido originalmente creado en sitios diferentes»" (Jacobo VALCÁRCEL, "La historia de Dan-Auta, un cuento negro", *Guin Guin Bali. Una ventana a África*. <<http://www.guinguinbali.com>>, publicado el 17/05/2010. [Consulta: 03/10/2012]).

⁴ Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. ob. cit, p. 214.

que tiene lugar principalmente en el primer lustro de los años veinte que repasamos, será la fundación de la *Revista de Occidente*: “uno de los proyectos más personales y más apasionados del filósofo, que estuvo ligado directamente a él hasta 1936”⁵.

El primer número de la revista lo abría una presentación sin firma titulada “Propósitos”, escrita por Ortega (III, 529-530). En este texto, presentaba el filósofo cuál iba a ser la línea editorial de la publicación. Su pretensión era satisfacer “la vital curiosidad que el individuo de nervios alerta siente por el vasto germinar de la vida en torno”, “el deseo de vivir cara a cara con la honda realidad contemporánea” y el “afán de conocer «por dónde va el mundo»”. Para ello se proponía atraer a los principales intelectuales nacionales y extranjeros, e “ir presentando a sus lectores el panorama esencial de la vida europea y americana”. La publicación se presentaba, desde su título⁶, como una revista cosmopolita, de un cosmopolitismo nuevo y diferente al de antes de la Gran Guerra, con un profundo significado etnográfico, antropológico, cultural y simbólico: “El cosmopolitismo de hoy es mejor, y en vez de suponer un abandono de los genios y destinos étnicos, significa su reconocimiento y confrontación”. La principal consecuencia de este cosmopolitismo nuevo, para lo que aquí nos incumbe, era la proliferación de firmas extranjeras en las revistas de Europa y América. El propósito manifiesto a este respecto en la *Revista de Occidente* será atender “a las cosas de España” y, al mismo tiempo, atraer a sus páginas “la colaboración de todos los hombres de Occidente cuya palabra ejemplar signifique una pulsación interesante del alma contemporánea”.

En torno a la *Revista*, en su sede de la Gran Vía madrileña (avenida Pí i Margall, número 7), se fue formando una tertulia que acabaría convirtiéndose en “el punto de encuentro de muchos intelectuales madrileños y de los foráneos, nacionales o no, que pasaban por la capital”⁷. Como ha señalado Javier Zamora Bonilla, a la tertulia asistían muchos íntimos del filósofo, entre los que menciona a Fernando Vela, Blas Cabrera o José Tudela, entre otros. Con ellos compartió Ortega, además de momentos de discusión e intercambio intelectual, sus aficiones arqueológicas, científicas y humanísticas. José Tudela, soriano algo más joven que Ortega, ejerció desde 1914 a 1933 como archivero en Segovia y Soria. Él fue quien acompañó a Ortega en su visita a las excavaciones arqueológicas de Numancia, planificadas y llevadas a cabo en varias campañas por Adolf Schulten, discípulo de Ulrich von Wilamowitz-Möllendorff y de Theodor Mommsen, quien entre 1914 y 1931 publicó los resultados de sus

⁵ Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Ob. cit, pp. 219-220.

⁶ “La occidentalidad del título alude a uno de los rasgos más genuinos del momento actual. La postguerra, bajo adversas apariencias, ha aproximado a los pueblos” (III, 530).

⁷ Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Ob. cit, p. 221.

investigaciones en los cuatro volúmenes de su monumental *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*. José Tudela y el filósofo estuvieron en el yacimiento de la carretera de Soria a Arnedo al menos en dos ocasiones: la primera en 1932 y la segunda en 1953, ocho años después de que se publicase la monumental *Historia de Numancia* del arqueólogo alemán (Barcelona, 1945).

Adolf Schulten puede considerarse padre del estudio de las antiguas culturas prerromanas de Iberia. Había llegado a España por vez primera en 1899 y, fascinado por la historia de Numancia, solicitó una beca para iniciar las prospecciones arqueológicas de sus ruinas. Concedida en 1902, inició las excavaciones que le mantuvieron ocupado hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial, apoyado entre otros por el propio Káiser Guillermo II, que en esos mismos años patrocinaba también las expediciones africanas de Leo Frobenius, otro de los protagonistas de esta historia. Tras el conflicto europeo, Schulten regresaría a la península, gracias a unos mecenas barceloneses y al patrocinio del Institut d'Estudis Catalans, para realizar diversas inspecciones de la costa mediterránea con el objeto de preparar una edición de la *Ora Marítima* de Rufo Festo Avieno (que sería el primer volumen de sus *Fontes Hispaniae Antiquae*, Barcelona, 1922), estudio que le llevó al de Tartessos. Fruto de este interés por la mítica civilización occidental ibérica fue su libro *Tartessos: contribución a la historia más antigua de Occidente* (Madrid: Revista de Occidente, 1924), que sería el número uno de la colección de anejos de la *Revista de Occidente*, núcleo del futuro fondo bibliográfico de la editorial homónima. En la Biblioteca de la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón se conservan sendos ejemplares, posiblemente los pertenecientes a Ortega, de la primera edición de este texto, así como de la edición de Adolfo Schulten (1922) de la *Ora marítima: periplo mesaliota del S. VI. a. de J. C.: junto con los demás testimonios anteriores al año 500 a. de J. C.* de Avieno.

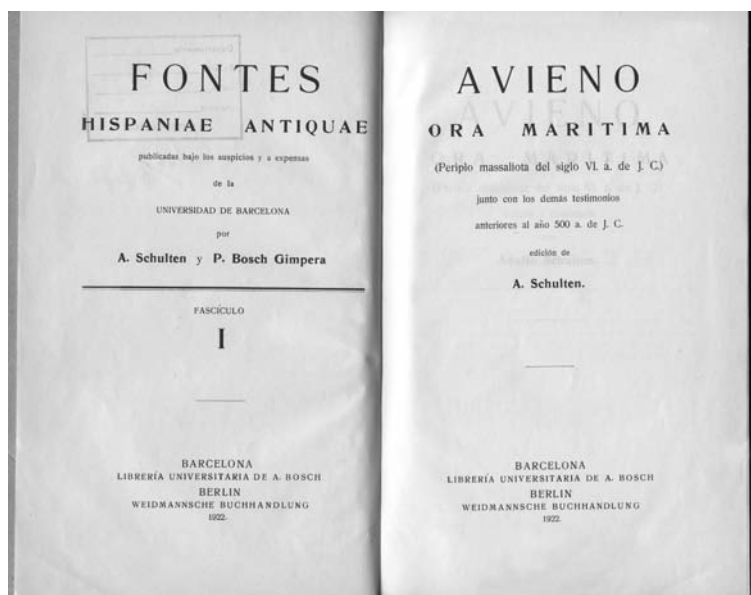
En al archivo personal de Ortega, custodiado en la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, se conserva abundante correspondencia datada entre 1923 y 1933 del filósofo madrileño con el arqueólogo alemán, citado profusamente en *Las Atlántidas* (diecisiete cartas, más tres sin fechar; en total, veinte misivas). Así pues, ambos mantuvieron una estrecha relación en los primeros años de andadura de la *Revista de Occidente*, donde publicaría el profesor Schulten, y de la puesta en marcha del proyecto editorial anejo con la publicación de *El decamerón negro*, de Leo Frobenius, *Tartessos* de Schulten y *Las Atlántidas: con unas figuras del Sudán y de la China*, del propio Ortega, como primeros suplementos a la revista.

Documentos:

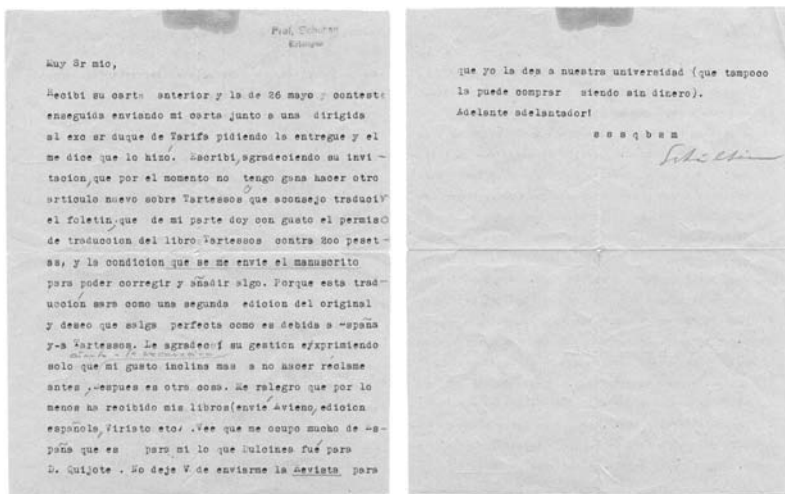
Fotografía de José Ortega y Gasset con José Tudela en Numancia. [Verano de 1932]



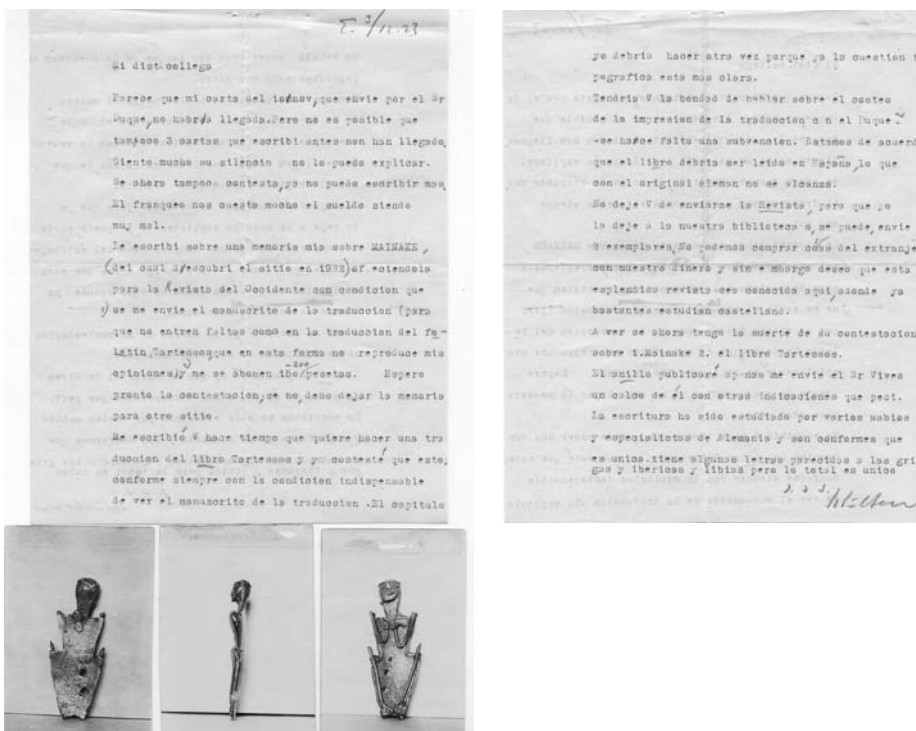
Portada del ejemplar de Ortega y Gasset de la *Ora maritima* de Avieno, en edición de Adolf Schulten, Barcelona-Berlín, Librería Universitaria de A. Bosch-Weidmannsche Buchhandlung, 1922



Carta de Adolf Schulten a José Ortega y Gasset. Erlangen, 31 de mayo de 1923.



Carta de Adolf Schulten a José Ortega y Gasset. Adjunta tres fotografías de una pieza arqueológica. 3 de diciembre de 1923



Portada del ejemplar del libro de Adolf Schulten *Tartessos* propiedad de Ortega. Madrid, Revista de Occidente, 1924



Álbum de fotografías con ocasión de la visita de Ortega con José Tudela a Numancia. [Verano de 1953]



1923-1924. La promoción de Leo Frobenius en España

Centrémonos ahora en el tercer nombre antes presentado —el etnógrafo, arqueólogo e historiador alemán Leo Frobenius, autor de la tercera monografía editada por la *Revista de Occidente* como anejo a la revista—, y en la otra gran empresa cultural orteguiana del primer lustro de la década de los veinte: la Sociedad de Cursos y Conferencias promovida por la Residencia de Estudiantes y por su director Alberto Jiménez Fraud⁸. Invitado por la Sociedad de Cursos y Conferencias, Leo Frobenius impartió tres conferencias en la Residencia de Estudiantes los días 10, 12 y 14 de marzo de 1924 con el título *El problema de la civilización*. En ellas resumió sus experiencias y, con la ayuda de mapas elaborados por él, mostró la morfología de las culturas africanas, señaló las grandes vías de sus expansiones y dibujó las líneas de la historia humana del planeta. “Las conferencias tuvieron un gran eco en la prensa y suscitaron un especial interés en José Ortega y Gasset, quien dedicó cuatro de sus Folletones de *El Sol* al etnólogo alemán, cuya obra difundió en la *Revista de Occidente*”⁹.

El historiador, antropólogo, etnógrafo y arqueólogo autodidacta alemán Leo Frobenius (1873-1938) fue uno de los primeros europeos en reconocer el valor histórico de las culturas africanas. “En 1898 fundó en Múnich su Archivo privado de África, del que luego surgió el *Institut für Kulturmorphologie* (Instituto de Morfología Cultural). Ese mismo año publicó un artículo sobre el «ciclo cultural del África Occidental» [*Der Westafrikanische Kulturkreis*], que se convertiría en el escrito sobre el que se fundaría la teoría alemana del ciclo cultural. Entre 1904 y 1906 emprendió su primera expedición de investigación a la cuenca del Congo, a la que se añadieron hasta 1930 otros nueve viajes a África”¹⁰. Dedicó más de veinticinco años al estudio de la vida, costumbres y cultura de los pueblos africanos, de los que recopiló abundante información etnográfica. Entre ella destaca su colección de poemas y relatos populares

⁸ Sobre la participación y estrecha relación de Ortega con la Residencia de Estudiantes, la Residencia de Señoritas y sus respectivas direcciones, desempeñadas por Alberto Jiménez Fraud y María de Maeztu, pueden consultarse los Itinerarios biográficos publicados en los números 6 y 7 de la presente revista, en mayo y noviembre de 2003. Carmen ASENJO y Javier ZAMORA BONILLA, “Caminos de ida y vuelta: Ortega en la Residencia de Estudiantes”, primera parte, *Revista de Estudios Ortegaianos*, 6, 2003, pp. 31-85; segunda parte: *Revista de Estudios Ortegaianos*, 7, 2003, pp. 33-91.

⁹ *Viajeros por el conocimiento*, edición a cargo de Estrella de DIEGO y José GARCÍA VELASCO, catálogo de la exposición celebrada en la Residencia de Estudiantes, diciembre 2010 – abril 2011, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2010, p. 107.

¹⁰ Karl-Heinz KOHL, “El primitivismo alemán a comienzos del siglo XX y la obra de Leo Frobenius”, en *Viajeros por el conocimiento*. Ob. cit, pp. 109-117, traducción de Rafael LUPIANI GONZÁLEZ; la cita está tomada de la p. 113.

publicados en 15 tomos bajo el título de *Atlantis*, de los que la editorial Revista de Occidente ofreció en 1925 una muestra seleccionada en el volumen *El decamerón negro*. Frobenius trabajó como voluntario en los museos etnológicos más importantes del momento, como los de Bremen, Basilea y Leipzig. En 1932, fue nombrado profesor honorario de la Universidad de Frankfurt y, en 1935, director del Museo de Etnología de la ciudad. En el archivo de la Fundación Ortega-Marañón se conserva correspondencia entre Ortega y el discípulo de Frobenius y su sucesor al frente del *Frobenius-Institut* de Frankfurt, Adolf E. Jensen (1948-1949). A su vez, en los archivos del instituto germano se conserva una carta de Fernando Vela dirigida al propio Jensen, con detalles sobre el pago de honorarios a Frobenius por la publicación de su texto en la editorial Revista de Occidente¹¹.

Y es que, antes de visitar Madrid, el antropólogo alemán ya había entablado una fructífera relación con Ortega, pues en el número 3, 1923, de la *Revista de Occidente* vio la luz una traducción de un texto de Frobenius, bajo el título, significativo y desde luego muy inspirador, de “La cultura de la Atlántida”¹². El contenido de este artículo es absolutamente esclarecedor de lo que Ortega y su equipo de la *Revista de Occidente* entendían por “nuevo cosmopolitismo” y, en especial, de lo que el propio filósofo iba a llamar, en sus *Atlántidas*, la ampliación del horizonte histórico, tanto en sentido horizontal o geográfico, como en sentido vertical o cronológico. El padre del difusionismo cultural alemán, o teoría de los “círculos culturales” (*Kulturkreise*)¹³, expone pormenorizadamente la diferencia existente entre la nueva ciencia antropológica o ciencia de las culturas (en plural) y la pretérita acumulación de

¹¹ La carta (de F. VELA al doctor Adolf E. JENSEN, Madrid, 24 de marzo de 1925. Frobenius-Institut, Frankfurt am Main) se reproduce y transcribe en el catálogo *Viajeros por el conocimiento*. Ob. cit., p. 142.

¹² El texto completo del artículo se reproduce en *Viajeros por el conocimiento*. Ob. cit, pp. 145-159.

¹³ “El «difusionismo» cultural de la *Völkerkunde* (antropología) alemana, orientado por parámetros espaciales, se comporta, respecto del evolucionismo basado en parámetros temporales de la *Anthropology* británica, como el concepto cultura respecto del de civilización. Si se puede hablar de la civilización como suma de todos los progresos obtenidos en la historia de la humanidad, también de las culturas se puede hablar, sin duda, en plural. Cada cultura era única y encarnaba en sí los peculiares valores que la habían engendrado. Sin embargo, cuando los valores de cada cultura no tenían una naturaleza universal, sino particular, el veredicto contra la barbarie era superfluo. Entonces, dependiendo de qué juicio se considere, ¿dónde termina la cultura y dónde empieza la barbarie? Esta reflexión se halla en la base de la forma específicamente alemana del primitivismo. Su fruto literario se encuentra en las obras de autores expresionistas como Kasimir Edschmied, Robert Müller o Alfred Döblin. En la *Völkerkunde* tuvo como exponente a Leo Frobenius, quien gracias a sus múltiples viajes de investigación a África en los años veinte se convirtió en el más conocido etnólogo alemán de su época” (Karl-Heinz KOHL, “El primitivismo alemán a comienzos del siglo XX y la obra de Leo Frobenius”, *Viajeros por el conocimiento*. Ob. cit, p. 112).

objetos, informaciones, datos inconexos acopiada por los viajeros europeos más allá del reducido horizonte cultural propio desde las expediciones portuguesas y españolas de los siglos XVI y XVII, hasta las más modernas expediciones inglesas, francesas, holandesas, belgas o germanas por los cuatro continentes, y especialmente por el africano, del siglo XIX y los primeros lustros del XX, previas a la Gran Guerra europea. La nueva mirada sobre África ha permitido “descorrer el gran velo”, orientar “la mirada hacia los países lejanos y extraños” y comprender “que durante un siglo nuestros ojos, fijos en el vacío, no habían sabido percibir el brillo de la magnificencia”.

Crítica Frobenius tanto la antigua indiferencia europea hacia las culturas africanas, como la moda contemporánea del primitivismo y la imitación, “con eclecticismo a veces repugnante”, de lo africano en el arte, la decoración e, incluso, las modas, tan propia de los años de posguerra: “Esta contraposición de pareceres que, como las oscilaciones del péndulo, se inclinan unas veces en pro, otras en contra del África, es el mayor peligro que amenaza a la consideración ecuaníme de las cosas”. Frente a esas ambivalencias, reivindica el antropólogo alemán el carácter científico de la nueva disciplina etnológica, que afirma cuenta ya con veinticinco años de existencia en 1923, justo desde la publicación de su artículo fundacional sobre los círculos culturales: *Der Westafrikanische Kulturkreis* (1898).

Sus mayores descubrimientos, tanto los suyos personales como los de la nueva ciencia, han sido los pertenecientes a la cultura africana occidental, sobre todo los de la gran ciudad de Ife, o Ufa dice él, en la tierra de los yorubas; pues le han permitido desarrollar una hipótesis que explicaría la extensión de las grandes culturas mundiales por el conjunto del continente africano y, lo que es más, aseguran el inminente descubrimiento de la cultura occidental primitiva cuya memoria se había ya perdido en los tiempos de Platón: la Atlántida. Las terracotas de Ife por él descubiertas, de las cuales Ortega incluiría cuatro fotografías en la primera edición de *Las Atlántidas* en 1924, estarían en conexión con los magníficos hallazgos del Levante español (menciona Elche y alude, sin duda, a los afanes de Adolf Schulten por encontrar la también mítica y perdida Tartesos).

Estos nuevos descubrimientos, junto al vasto acopio de datos de las más variadas tipologías (arquitectónicos, artesanales, defensivos, religiosos, literarios, artísticos, de parentesco...) le permiten dividir todo el continente negro en tres grandes áreas o círculos culturales: “El África oriental poseía una cultura burocrática; las Sirtes, una cultura de castas. La cultura atlántica es, en cambio, eminentemente religiosa; empleando la expresión de los viejos romanos, podríamos llamarla una «cultura templaria»”. Así pues, la cultura africana occidental, que no duda en identificar con la cultura de los atlántides, se

caracterizaría por su base religiosa, pues todo lo terrenal no sería sino “expresión del orden universal que rige en la realidad magna”. Frente a esta civilización africana occidental, de procedencia asiática occidental y con contactos con los etruscos y los iberos, pueblos del occidente mediterráneo pero para los que se proponía, desde la Antigüedad misma, un origen también oriental, caucásico (la Iberia occidental y la oriental contarían con un origen común según los relatos míticos del poblamiento de la península Ibérica); frente a esa cultura africana occidental, la civilización septentrional, de las Sirtes, correspondiente a los cartagineses y libofénices, contaría con un origen egipcio, mientras que la cultura oriental del valle del Rif y Etiopía sería una expansión de la Arabia meridional y la India:

Así, pues, el continente africano, milenios antes de la última invasión europea –que se verifica entre la Edad Media y el siglo pasado–, era un campo abierto al influjo de la cultura superior. Vino después el desplazamiento del centro de gravedad cultural, que pasó del Mediterráneo a la Europa central y septentrional. El África quedó olvidada y hubo de ser nuevamente descubierta. Pero he aquí lo grande y magnífico: que el continente africano, sepultado en tan largo olvido, ha podido enseñarnos hoy muchas cosas que desde antaño vivían y florecían en su seno, cuando en Asia y en Europa hacía ya mucho tiempo que un nuevo sentido cultural había embargado el ánimo de los hombres.

Esta circunstancia es especialmente interesante para desentrañar los rasgos culturales de la cultura occidental o de los atlantes. La expansión fenicia, griega y, después, romana ha borrado muchos de esos rasgos en las costas de la cuenca occidental del Mediterráneo, en sus orillas septentrional, o europea, y meridional, o africana; pero esos rasgos se han conservado en la costa occidental del continente negro, y han penetrado desde ella hacia el interior, donde permanecían intactos cuando Frobenius los descubrió. Rasgos culturales, modos de organización de la vida en común y del parentesco, concepciones del mundo, ritos y rituales, desaparecidos hace tres milenios del occidente europeo, se han conservado en África y pueden ayudarnos a entender los vestigios de las antiguas culturas ibérica, etrusca o mauritana. Reconstruir el hiato que media entre la expansión de la cultura atlántica y su desaparición ante el empuje del mundo grecolatino es, entonces, la misión de los arqueólogos y los antropólogos, quienes han de trabajar unidos en el descubrimiento, y reconstrucción, de la *Atlántida*.

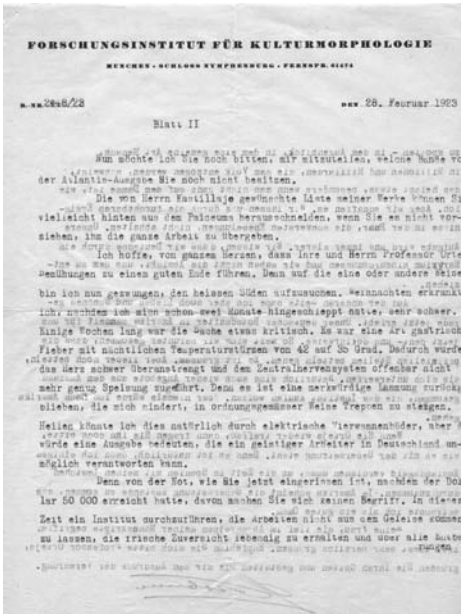
“La Atlántida y su cultura desaparecieron por completo para la ciencia y el pensamiento europeos. Nuestra misión consiste en resucitarla”, con estas programáticas palabras finaliza el artículo de Frobenius en el número 3 de la *Revista de Occidente*. Podemos, a partir de ellas, calibrar la influencia que tales

afirmaciones tuvieron en Ortega, quien promovió la visita de Frobenius a Madrid al año siguiente, publicó como anejo de la *Revista de Occidente* una antología de cuentos africanos, ofreció una gran cobertura periodística a la visita, se apuntó, al escribir su “Dan-Auta. Cuento negro”, a la moda de la literatura negra y le dedicó buena parte de su monografía *Las Atlántidas* al etnólogo alemán, además de incluir en su primera edición algunas reproducciones de las terracotas descubiertas por este en la mítica ciudad Ife, o Ufa, de los yorubas.

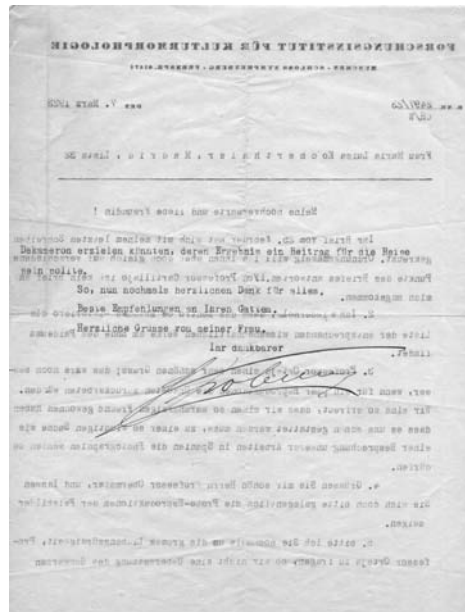
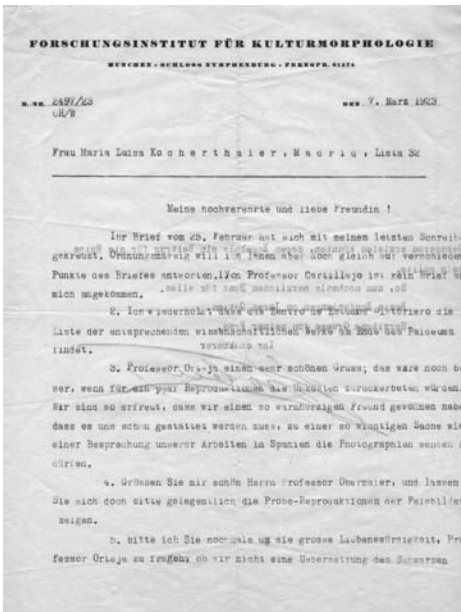
Documentos:

Carta de Leo Frobenius a María Luisa Kocherthaler (Caturla) con membrete del *Forschungsinstitut für Kulturmorphologie. München – Schloss Nymphenburg*. 28 de febrero de 1923

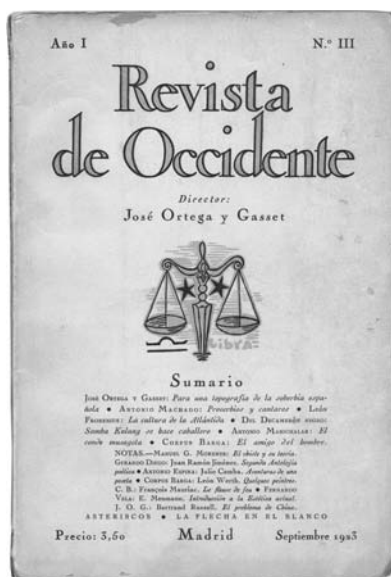




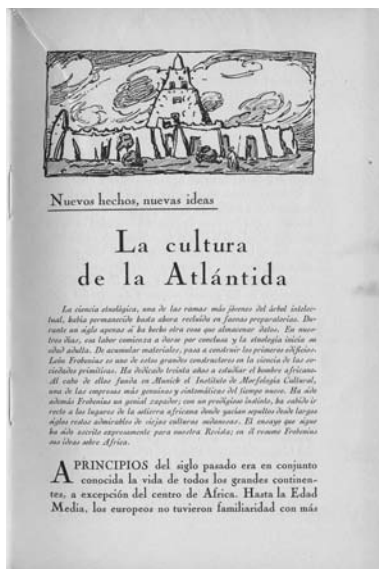
Carta de Leo Frobenius a María Luisa Kocherthaler (Caturla) con membrete del *Forschungsinstitut für Kulturmorphologie*. *München – Schloss Nymphenburg*. 7 de marzo de 1923



Cubierta de la *Revista de Occidente*, año I, número 3. Madrid, septiembre de 1923



Primera página del artículo “La cultura de la Atlántida”, de Leo Frobenius, publicado en *Revista de Occidente*, con el antetítulo *Nuevos hechos, nuevas ideas*, y fotografías que lo acompañaron: “Terracota de Ife” y relieves de Ife





Fotografía de Olokun, el dios del mar (Bronce de Sudán), incluida en *Las Atlántidas*, 1924

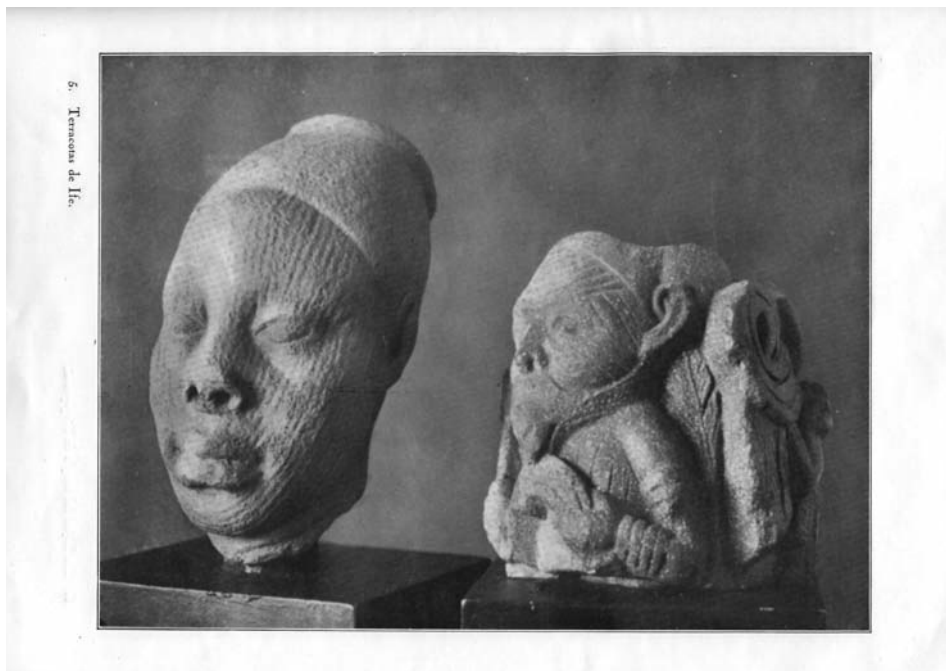


Fotografía de una terracota de Ife – un noble”, incluida en *Las Atlántidas*, 1924



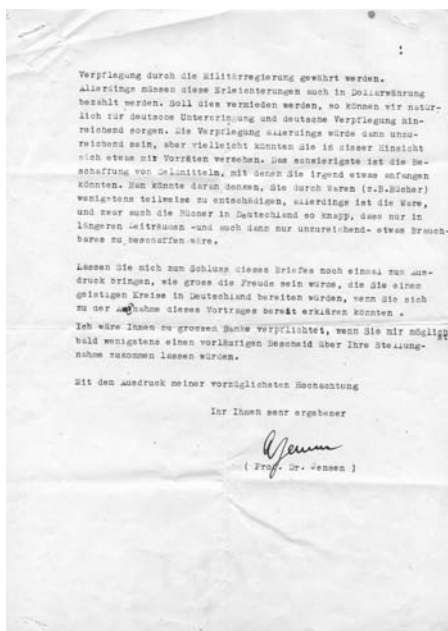
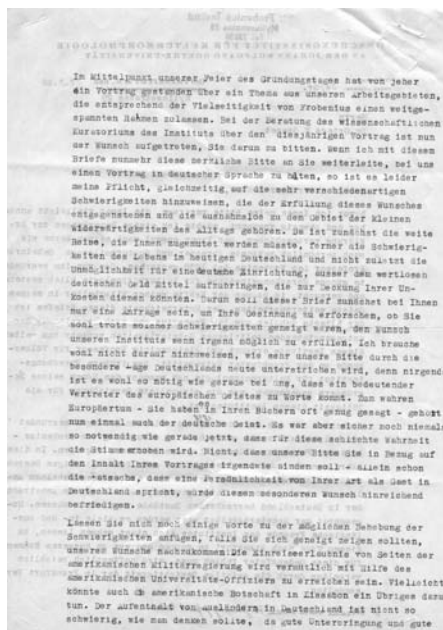
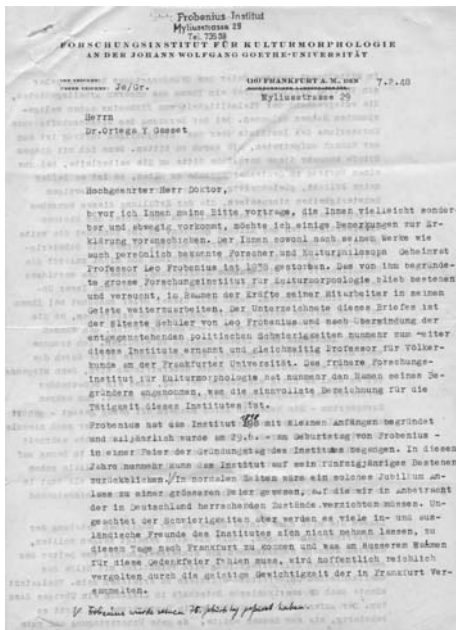
Fotografía de una terracota de Ife – un esclavo”, incluida en *Las Atlántidas*, 1924



Fotografía de unas terracotas de Ife¹⁴, incluida en *Las Atlántidas*, 1924

¹⁴ En la actualidad se conserva una colección de terracotas de Ife, Nigeria, en la Fundación Alberto Jiménez-Arellano Alonso (Universidad de Valladolid). Puede verse la reproducción de una cabeza de personaje femenino en terracota del pueblo ife, Nigeria, siglos X-XII, 22 cm (alto). Fundación Alberto Jiménez-Arellano Alonso (Universidad de Valladolid), en el catálogo *Viajeros por el conocimiento*, ob. cit, pp. 118-119.

Carta de Adolf E. Jensen a Ortega, con sello del *Frobenius Institut* en papel timbrado del *Forschungsinstitut für Kulturmorphologie an der Johann Wolfgang Goethe-Universität*. Frankfurt, 7 de febrero de 1948.



Carta de Ortega a Adolf E. Jensen, remitida al Frobenius Institut. 24 de mayo de 1949

Carta del Frobenius Institut a Ortega, 19 de mayo de 1949.

1924. La fundación de la Sociedad de Cursos y Conferencias: Leo Frobenius en Madrid (10-14 de marzo)

Desde sus inicios, la *Revista de Occidente* se benefició de las visitas de científicos e intelectuales que acudieron a Madrid para impartir conferencias y participar en seminarios o actividades artísticas organizadas por la Residencia de Estudiantes. En la Colina de los Chopos se respiraba un ambiente en el que podían identificarse algunas corrientes de procedencia británica (“Oxford y Cambridge en Madrid”, como a menudo se repite), cuyo mayor exponente era el Comité Hispano-Inglés.

Con el precedente del Comité Hispano-Inglés, la Residencia fundó en 1924 una Sociedad de Cursos y Conferencias, presidida por la duquesa de Dúrcal, con una junta compuesta por prestigiosos intelectuales y algunos aristócratas. “La Sociedad de Cursos y Conferencias consiguió que sus socios superasen los doscientos cincuenta en los primeros años. Muchos de ellos eran socios protectores, que abonaban doscientas pesetas anualmente”¹⁵. Entre los miembros de la junta directiva se contaron, además del propio Ortega, muchos de los miembros de su círculo más íntimo, como María Luisa Kocherthaler (la Caturla a la que Frobenius dirige la carta reproducida más arriba), Manuel García Morente, María y Ramiro de Maeztu, Blas Cabrera, Gregorio Marañón, Antonio Marichalar, Corpus Barga y Alberto Jiménez Fraud. José Ortega y Gasset, uno de los principales miembros de la Sociedad de Cursos y Conferencias, anunciaba así su puesta en marcha en un artículo titulado “Las ideas de León Frobenius I. Etnología. La etnología africana”, que firmó en *El Sol* el 12 de marzo de 1924:

La Residencia de Estudiantes hace ahora el ensayo de organizar una sociedad de “Cursos y Conferencias”. La discreción, la selección, la medida con que este centro educativo ha sabido siempre ejecutar sus designios aseguran el buen éxito de la nueva institución. El comienzo es, por sí, excelente. El lunes fueron inauguradas las conferencias con una de León Frabenius; el miércoles y el viernes oiremos y veremos otras dos del mismo etnólogo alemán. Digo que, además

¹⁵ Carmen ASENJO y Javier ZAMORA BONILLA, “Caminos de ida y vuelta: Ortega en la Residencia de Estudiantes”, ob. cit., segunda parte, p. 46.

de oír, veremos, porque Frabenius expone una gran cantidad de maravillosas fotografías en color, obtenidas durante sus diez años de viajes por África¹⁶.

Las actividades de la Sociedad, tan brillantemente inauguradas por el antropólogo alemán, fueron un rotundo éxito. Según se manifiesta en un documento del 10 de marzo de 1924 conservado en la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón¹⁷, donde se establece el protocolo que debían seguir las residentes que quisiesen asistir a las conferencias del profesor Frobenius, debía de temerse que el aforo de la sala no fuera suficiente para albergar a todo el público asistente:

El lunes 10 de marzo, a las siete y media de la tarde, dará su primera conferencia (de una serie de tres, acompañada de proyecciones) el etnógrafo León Frobenius, explorador del Continente africano.

Estas Conferencias son las primeras de una serie de catorce o diez y seis que se darán en la Residencia durante los meses de Marzo, Abril y Mayo y a las que solo podrán asistir las personas que se hayan inscrito como socios, pagando una matrícula ordinaria de cuarenta pesetas o extraordinaria (de protector) de doscientas pesetas.

Las actuales señoritas residentes tendrán entrada libre a estas Conferencias, pero para ello necesitarán recoger mañana lunes antes de las cinco de la tarde en la Secretaría de la Residencia Fortuny 30 una tarjeta de admisión, sin la cual (y para evitar errores o abusos) ninguna persona de dentro o de fuera

¹⁶ El texto del comienzo del artículo es transcripción del original en prensa donde apareció, efectivamente, *Frabenius* por *Frobenius*, según se puede comprobar en la copia del folletón de *El Sol* conservada en la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón. Este mismo párrafo se incluye en Carmen ASENJO y Javier ZAMORA BONILLA, "Camino de ida y vuelta: Ortega en la Residencia de Estudiantes", ob. cit., segunda parte, p. 47; y en José GARCÍA-VELASCO: "La iniciación de un héroe moderno", en *Viajeros por el conocimiento*. Ob. cit, pp. 53-54. El artículo sobre "Las ideas de León Frobenius" del 12 de marzo era el primero, de una serie de cuatro, cuyas segunda, tercera y cuarta entregas se publicaron en *El Sol* los días 26 y 27 de marzo y el 16 de abril de 1924, respectivamente, con los títulos: "Las ideas de León Frobenius II. Ideas elementales y nacionales. Transmisión y convergencia", "Las ideas de León Frobenius III. Los «ámbitos culturales»" y "Cultura y culturas". Al mes siguiente aparecieron en el diario *La Nación*, de Buenos Aires. Pueden consultarse en las *Obras completas*, III, 655-662. Algunos pasajes de la primera, tercera y cuarta entregas, las tituladas "Las ideas de León Frobenius I. Etnología. La etnología africana", "Las ideas de León Frobenius III. Los «ámbitos culturales»" y "Cultura y culturas", respectivamente, fueron utilizados luego en la composición de *Las Atlántidas* (véase el apéndice de variantes, III, 1032-1034, y para un relato pormenorizado de los textos empleados por el filósofo en la composición de esta monografía, la nota a la edición correspondiente, especialmente III, 936-937).

¹⁷ Y reproducido en *Viajeros por el conocimiento*. Ob. cit, p. 143, con el siguiente pie de foto: "Nota de la Residencia de Señoritas con indicaciones para asistir a las conferencias impartidas por Leo Frobenius en la Residencia de Estudiantes, Madrid, 10 de marzo de 1924. Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón.

de la Residencia podrá entrar en el salón de Conferencias. Las tres que dará el Sr. Frobenius tendrán lugar el lunes, miércoles y viernes de esta semana en la Residencia de Estudiantes, calle del Pinar 17; otras de esta misma serie tendrán lugar en la Residencia de Señoritas y se anunciarán oportunamente.

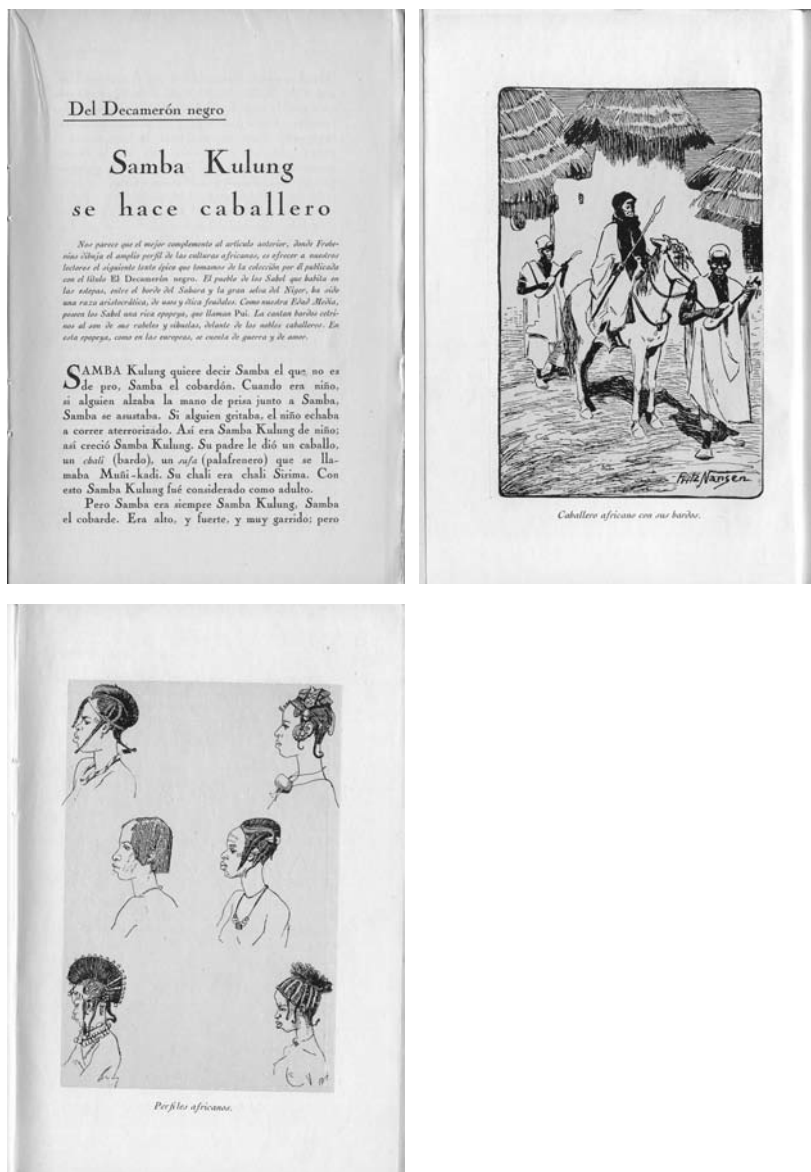
Las señoritas de la Residencia recibirán *gratuitamente* la tarjeta de socia gracias a la generosidad del Instituto Internacional que contribuye en parte al pago de estas Conferencias. Pero como el número de tarjetas es limitado la Dirección de esta casa suplica encarecidamente a las señoritas que solo la pidan aquellas que están seguras de que sus ocupaciones les permitirá [*sic*] asistir, a fin de no ocasionar perjuicio a otra alumna que quisiera gozar de este beneficio. La tarjeta es personal e intransferible, y habrá escrito el nombre de la persona poseedora de ella y valdrá para todas las Conferencias o soirées que se den en el presente año académico.

Madrid 10 de marzo de 1924.

El 25 de mayo de ese mismo año, con la indicación “Madrid, abril de 1924”, publicó Ortega en *La Nación* de Buenos Aires, una completa reseña de las intervenciones de Frobenius en la Residencia de Estudiantes, con el título “La Etnología y la Historia. A propósito de las conferencias de Frobenius en Madrid. — El carácter orgánico de las culturas”. Algunos párrafos de este artículo coinciden con la tercera entrega de “Las ideas de León Frobenius”, aparecida en *El Sol* el 27 de marzo. Como se explica en la nota a la edición correspondiente de las *Obras completas* (III, 935), “Este texto, que el filósofo no recogió en ningún volumen posterior ni pasó a las *Obras completas* (1946-1947), se reimprime por primera vez” en esa edición. El 6 de julio, publicó Ortega, también en *La Nación*, “La etnología y la historia: el sentido histórico”, que utilizó luego en *Las Atlántidas*, cosa que no hizo con el artículo publicado en mayo.

Documentos:

Primera página del cuento "Samba Kulung se hace caballero", de *El decamerón negro*, de Leo Frobenius, publicado en *Revista de Occidente*, año I, número 3, e ilustraciones que acompañan al texto: "Caballero africano con sus bardos" y "Perfiles africanos". Madrid, septiembre de 1923



Las Atlántidas y la revolución etnológica en los estudios históricos. (Agosto de 1924)

En ese mismo año, Ortega publicará sus conclusiones sobre los asuntos arqueológicos y etnológicos que han atraído su atención desde principios de la década en el suplemento número 2 a la *Revista de Occidente*. Será su más conocida monografía de tema antropológico, a la que titula, muy significativamente, *Las Atlántidas: con unas figuras del Sudán y de la China*. La segunda parte del rótulo hace referencia a las bellas ilustraciones con fotografías de piezas artísticas de alto valor etnológico que acompañaron a la primera edición del libro y que la *Revista de Estudios Orteguianos* ha querido publicar en este Itinerario biográfico. La monografía de Ortega continúa, por tanto, la serie de anejos de la *Revista de Occidente* iniciada un año antes, el primero de vida de la publicación, por el tratado sobre Tartesos de Adolf Schulten, comentado más arriba.

La arqueología va a ser, precisamente, el tema del primer capítulo de *Las Atlántidas*, titulado “La moda subterránea” en alusión a la manía excavatoria de los primeros años del siglo, que se inicia con una referencia a Schliemann y al descubrimiento de las ruinas de Troya, la cual pone al lector enseguida sobre la pista de la *recuperación* de las culturas perdidas, de las Atlántidas, en la línea marcada por Frobenius en el artículo aparecido en el número 3 de la revista dirigida por Ortega un año antes de la aparición de la monografía. El propio Schulten y su *Tartessos: contribución a la historia más antigua de Occidente* es mencionado en las primeras páginas del segundo apartado (III, 748), titulado justamente “La cultura tartesia”, donde comenta Ortega también la *Ora marítima*, o *Itinerario de las costas peninsulares* de Avieno, texto asimismo editado por Schulten y que el filósofo poseía en su biblioteca personal. Todas estas referencias sirven para centrar el tema principal del libro Orteguiano: los descubrimientos geográficos y arqueológicos como “ampliaciones” del horizonte histórico (“Schulten empareja este descubrimiento de Tartesos con el de América: ambos duplicaron el universo conocido”, III, 749); y permiten que el filósofo exponga el concepto clave de la obra en el tercer capítulo, rotulado precisamente “El horizonte histórico”.

El paisaje, el entorno, es parte constituyente del ser. Incluso la moderna biología, explica Ortega, reconoce que es necesario estudiar el círculo vital de un animal para conocerlo. Cita el filósofo la reciente versión española de las *Ideas para una concepción biológica del mundo* del Baron Jakob von Uexküll, traducción del alemán por R. M. Tenreiro, publicada por Espasa-Calpe en 1922, con un prólogo del propio Ortega, director además de la serie¹⁸. “Esta doctrina

¹⁸ El prólogo se ha incorporado a las *Obras completas* en la última edición (III, 415).

del paisaje vital es, en mi entender, decisiva para la historia, que, a la postre, no consiste sino en una hermenéutica o interpretación de las vidas ajenas” (III, 754), con estas palabras se sitúa Ortega a las puertas de la moderna antropología cognitiva y simbólica, pues esa “hermenéutica o interpretación de las vidas ajenas” que va a proponer no es sino la traducción intercultural de Clifford Geertz (*La interpretación de las culturas*, traducción española de Carlos Reynoso) o de James A. Boon en *Otras tribus, otros escribas*. Y es que, en efecto, todas estas reflexiones llevan a Ortega a la “Etnología”, título del cuarto capítulo de *Las Atlántidas*.

El cambio de perspectiva en la sensibilidad histórica es planteado por Ortega, en términos verdaderamente revolucionarios, como un “cambio de colocación, dentro de la perspectiva intelectual, de ciertas disciplinas”. Así, explica, en 1924, frente a lo que ocurría en el siglo XIX, el lugar central ocupado por la filología clásica entre las ciencias históricas ha sido ocupado por dos jóvenes disciplinas, que “avanzan y atraen la curiosidad de los mejores”: la prehistoria y la etnología. Además, el avance de la etnología ha tenido aún consecuencias más profundas, pues ha supuesto una “transmutación radical en nuestra idea de la cultura” (III, 756). Y es que, “gracias a la etnología, el singular de la cultura se ha pluralizado, y al pluralizarse ha perdido su empaque normativo y trascendente” (III, 757). Ello ha sido posible gracias a una innovación metodológica trascendental que Ortega no deja de señalar, en clara alusión a la observación participante y al entonces novedoso concepto de trabajo de campo (tengamos en cuenta que *Argonautas del Pacífico Occidental*, de B. Malinowski acababa de publicarse en 1922), que el antropólogo o, en palabras del madrileño, “el etnólogo, obligado a penetrar en el secreto de pueblos completamente dispares de los europeos y mediterráneos, ha tenido que *intimar con sus modos de pensar y sentir*” (III, 757, el subrayado es mío).

Se inicia, tras esta introducción de la etnología, una breve historia de la antropología que ocupa todo el capítulo titulado “Los «ámbitos culturales»”, expresión que pretende, y en mi opinión consigue acertadamente, traducir el concepto de *Kulturkreis*, propio del difusionismo de la *Völkerkunde* (antropología) alemana, cuyo origen está en el artículo *Der Westafrikanische Kulturkreis* de Leo Frobenius. Comienza Ortega señalando los defectos de la biología histórica y el error del Darwinismo: “El caso extremo fue el «darwinismo», haciendo de la adaptación, que es tan evidentemente una función secundaria, la función vital por excelencia” (III, 758), para pasar, después, a indicar que la ciencia histórica había entrado “en una época de más riguroso positivismo”. La mención, enseguida, del azar de la observación y de la ausencia de independencia o individualidad de los hechos y datos, le lleva a referirse a la “estructura” de los mismos, la cual la ciencia histórica sigue dócilmente, a la espera de “que

ellos mismos revelen su fisonomía completa y la línea donde terminan o donde se articulan en otros” (III, 758), en lo que creo es una temprana, quizás la más auroral, mención del principio de uniformidad estructural en un texto de antropología escrito en español.

Pasa a continuación a exponer el principio de los “ámbitos o círculos culturales” (*Kulturkreise*), que Leo Frobenius introdujo en la etnología hacía veinticinco años (se refiere a 1898 y al artículo antes mencionado). El geógrafo Bastian, maestro tanto de Frobenius como de Franz Boas, el padre de la antropología norteamericana y creador del particularismo histórico, se equivocaba, según Ortega, al suponer que existían “ideas elementales” comunes a todos los hombres. La discusión sobre la existencia de universales, sean culturales o lingüísticos, ha sido una de las cuestiones principales que han dividido a estructuralistas, estructural-funcionalistas, generativistas y post-modernos, a la hora de interpretar y explicar tanto la diversidad cultural como la actuación lingüística. De nuevo, señala aquí Ortega un tema que va a estar muy presente en la discusión etnológica a lo largo de todo el siglo XX, por no añadir los primeros años de la centuria presente.

La idea central de la teoría de Frobenius, o el principio de los ámbitos o círculos culturales, es que “una cultura entera no se transmite de pueblo a pueblo. Nace en una región y se extiende por expansión de la raza que la creó” (III, 759). Se trata de una tesis muy problemática por dos motivos principales obvios: la noción de razas expansivas, o de “culturas independientes entre sí y de toda otra cosa” como las interpreta Ortega, y la absoluta negación de la capacidad creativa de los individuos y de las culturas, y por lo tanto de la posibilidad del cambio histórico. Ello resulta muy problemático para explicar lo que Ortega denomina “Psicología de la evolución”, es decir las categorías del pensamiento del hombre primitivo que están en el origen de su hominización y, por tanto, en el origen tanto del logos o pensamiento, como también del lenguaje y de la civilización misma. Considerar, a la hora de hacer crítica antropológica, la ontogénesis y la cladogénesis como procesos no solo biológicos o somáticos, sino sobre todo psicológicos, resulta de una gran modernidad para un recién nacido pensamiento antropológico orteguiano.

En la crítica de la primera implicación de la teoría de los ámbitos culturales se menciona a Spengler junto a Frobenius. La pareja Frobenius-Spengler aparece unida también en el párrafo inicial de la cuarta entrega de la serie, el artículo titulado “Cultura y culturas”, publicado en *El Sol*, el 16 de abril de 1924. En ese pasaje, que no pasaría finalmente al texto de la monografía (véase el apéndice de variantes, III, 1022), contiene el núcleo duro de la crítica de Ortega al tándem Frobenius-Spengler:

El pensamiento más importante de Frobenius, el que más hondo influjo ha ejercido sobre la ciencia etnográfica e histórica, es el principio de los “ámbitos culturales”. Por esta razón me he detenido un poco en él. El resto de su ideología es mucho más problemático y se presenta con un aire de caprichosa construcción que inquieta y hasta irrita. Frobenius, como su gemelo mayor Spengler, es un pensador vigoroso, pero tosco. Ambos se afanan al fondo de nuestro horizonte intelectual, como dos cíclopes ocupados en construir grandes arquitecturas de nubes. Ambos son geniales y caprichosos; ambos padecen –síntoma extraño en dos alemanes– una supina insciencia filosófica. Así se explica el fenómeno extraño de que el principio de las culturas como organismos, tan influyente hoy en las ciencias históricas de Alemania, no haya encontrado allí su base filosófica, de estricta lógica o mejor metodología científica. En mi artículo anterior he procurado sugerir ese cimientito lógico, atrayendo la atención sobre el problema in-dividuo histórico.

Spengler, el “gemelo mayor” de Frobenius, “es un pensador vigoroso, pero tosco”; “ambos padecen –síntoma extraño en dos alemanes– una supina insciencia filosófica”... La filosofía de ambos dejaba de lado, de manera preocupante para Ortega, el problema del “in-dividuo histórico”. En la biblioteca de la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón se conservan ejemplares de la obra de Spengler en alemán y en castellano (edición de Espasa Calpe, traducción de Manuel G. Morente, 1923-1934). Es muy posible que se trate de los ejemplares manejados por Ortega, pues están catalogados en su fondo personal. Asimismo se custodia, en el archivo, una única carta de Spengler dirigida a Ortega en los años que nos ocupan. Quizás esta relación, así como la publicación pendiente de *El decamerón negro*, de Frobenius, en la colección de anejos de la *Revista de Occidente*, fuese lo que incito a Ortega a eliminar ese párrafo en la publicación de la monografía, y a atenuar las críticas a los dos pensadores alemanes. Con todo, dio en el clavo al plantear los problemas de las filosofías de ambos, pues la evolución de la teoría antropológica germana acabaría por dejarlos de lado, precisamente, por la problemática tan atinadamente señalada, en ese párrafo desechado, por el filósofo madrileño.

La gran innovación para la cultura europea, el gran acierto, de la *Völkerkunde* (antropología) alemana que para Ortega representa Frobenius, es la “intuición del pluralismo universal, como puro hecho, como fenómeno” (III, 764). Antes se había intentado abordar lo universal en sentido unitario, singular, en intentos de universalizar la historia totalmente fracasados, según Ortega, como la *Weltgeschichte* de Helmholtz. De “algo más sutil” califica el intento de Kurt Breysig en su *Historia de la Cultura moderna*, texto al que reconoce el mérito de “haber sido el primero que introduce el llamado «salvajismo» como personaje esencial en el gran drama humano” (III, 766). La historia, así, se hace

antropología histórica y la filología clásica cede su puesto central a la etnología y a la arqueología, con un cambio de perspectiva tan radical como el que supone, en pintura, la irrupción del Cubismo:

Si hasta el presente la “historia universal” había padecido un exceso de concentración en un punto de gravitación único, hacia el cual se hacían converger todos los procesos de la existencia humana —el punto de vista europeo—, durante una generación, cuando menos, se elaborará una historia universal policéntrica, y el horizonte total se obtendrá por mera yuxtaposición de horizontes parciales, con radios heterogéneos que hacinados formarán un panorama de los destinos humanos bastante parecido a un cuadro cubista. (III, 766).

Después de esta exposición del cambio de paradigma en las ciencias históricas que ha supuesto la sustitución de la filología clásica por la etnología y la arqueología, ya puede pasar Ortega a exponer su crítica del evolucionismo, en el capítulo final de la monografía, el titulado “El sentido histórico”. En la centuria decimonónica “el sentido histórico que despierta en los comienzos del siglo con la sensibilidad romántica, no hizo sino perder terreno en la segunda mitad” (III, 768); entonces la ciencia histórica cae en manos de lo que Ortega denomina “tres castas de pensadores”: los progresistas liberales, los darwinistas y los marxistas. A los tres les critica el creer, con sus propios matices en los que no vamos a entrar aquí, que “la estructura esencial de la vida humana ha sido siempre idéntica”; esto es, lo mismo que se criticaba a la pareja Spengler-Frobenius, y que suponía la negación de la posibilidad de innovación individual y por tanto del cambio histórico y de la hominización o especiación del *homo sapiens sapiens*. Progresistas liberales, darwinistas y marxistas tienen en común su pertenencia al espíritu evolucionista de la segunda mitad del siglo XIX, que “tiende a ignorar las diferencias y a subrayar lo que hay de común entre las cosas” (III, 768). Por el contrario, el nuevo sentido histórico del siglo XX, que ha experimentado un notable progreso, se caracteriza por respetar la falta de continuidad entre los fenómenos, su pluralismo: “aceptamos el hecho de la discontinuidad y del pluralismo siempre que el ensayo de reducción monista trae consigo una violación de las diferencias radicales. Esto se hace patente en la situación actual de la ciencia histórica” (III, 768).

El cambio de actitud frente al evolucionismo es radical: el antievolucionismo orteguiano es tan drástico como pueda serlo el de Franz Boas en la antropología americana o el de Radcliffe-Brown en el funcional-estructuralismo británico. Ello le permite percibir claramente cuál es la gran innovación etnológica. La antropología ha pasado de ser la “ciencia histórica de los pueblos sin dignidad histórica” a ser un modo de mirar, una perspectiva, un método para acercarse a las cosas con extrañamiento:

La óptica etnológica se habitúa a mirar las extremas diferencias dentro de lo humano y es como una nueva distancia ante lo histórico. [...] Aplicar el punto de vista etnológico a los pueblos cultos equivale, pues, a distanciarse de éstos, a empujarlos lejos de nuestra proximidad, desentendiéndose de presuntas comunidades (III, 769).

Ortega no solo se encuentra muy bien informado de lo que es la vanguardia del pensamiento antropológico a principios de los años veinte, sino que es capaz de incorporar las novedades de mayor actualidad a su doctrina filosófica del punto de vista, para aplicarla a la que es la gran intuición orteguiana de principios de esa década: el nuevo historicismo expuesto en *El tema de nuestro tiempo* (1923).

La monografía va a terminar con la exposición de la crítica a Spengler-Frobenius y la explicación de la antinomia merced a la cual “vive y progresa” la ciencia histórica. La historia no trata de explicar, sino de entender, de conferir sentido a lo que a primera vista carece de él. La ciencia histórica ha de ser una suerte de hermenéutica o ciencia de la interpretación, para lo cual debe auxiliarse de las disciplinas que mejor saben mirar a las cosas humanas en busca de sentido, la etnología y la arqueología:

He aquí todo el problema de la ciencia histórica: dilatar nuestra perspicacia hasta entender el sentido de lo que para nosotros no tiene sentido. [...] Ésta es la antinomia de la óptica histórica. Tenemos que distanciarnos del prójimo para hacernos cargo de que no es como nosotros; pero a la vez necesitamos acercarnos a él para descubrir que, no obstante, es un hombre como nosotros, que su vida emana sentido. La admirable palabra griega *nous* significa precisamente eso: sentido (III, 769-770).

Las últimas páginas de *Las Atlántidas* se consagran a la relación entre los conceptos descriptivo y axiológico de la cultura. El perfeccionamiento de la sensibilidad histórica que llevará a su máxima afinación a la sensibilidad y comprensión de los fenómenos históricos ha de permitirnos, según Ortega, sacar “consecuencias de orden estimativo”. Para ello, es necesario operar una “enorme ampliación del mundo espiritual” que el afinamiento de la inteligencia traerá consigo:

Hasta ahora, el mundo de lo que tiene sentido se reducía a nuestra época y a un pequeño círculo de pueblos afines. (*El alma oriental nos es todavía un arca cerrada*). Tal privilegio del “tener sentido” se extenderá pronto a los pueblos y edades más diversos y remotos. Será la gran conquista de nuevos mundos espirituales, será dotar de la plenitud humana que hoy goza sólo el presente de

ciertas naciones próximas a todos los ámbitos étnicos y a todos los siglos. Entonces, y sólo entonces, podrá decirse que existe en Europa una disciplina de Humanidades (III, 771; el subrayado es mío).

La completa consecución de este giro de perspectiva llevará, nada menos, que al nacimiento de una verdadera disciplina que Ortega designa como Humanidades, de la que nacerá un nuevo clasicismo, como apunta unos párrafos más abajo. Para lograrlo, será necesario abrir los horizontes históricos y etnológicos de Occidente, para dar cabida, en el eje temporal, a las más antiguas civilizaciones y, en el eje geográfico, a las culturas más remotas, de las cuales menciona el filósofo el *alma oriental*. Precisamente como ilustración de ambas ampliaciones, la arqueológica y la antropológica, incluyó Ortega en la primera edición de *Las Atlántidas: con unas figuras del Sudán y de la China*, una serie de fotografías no reproducidas en ninguna de las ediciones posteriores, que se incluyen en este Itinerario como parte de los documentos recogidos. Escoge cinco reproducciones artísticas de hallazgos de Ife (uno ya reproducido un año antes en la *Revista de Occidente*, véase más arriba), y diecinueve fotografías de figuras chinas de Lojan conservados en Oriente (*lobans* o *luobans*, transcripción china de los *arhats* del budismo, de los que Ortega escoge los del templo de Língyán Sì, literalmente “Templo de las rocas espirituales”, con una gran historia pues fue uno de los principales templos budistas durante las dinastías Tang y Song) y tres más en museos occidentales (uno conservado en el *Städelsche Institut* de Frankfurt y dos de Norteamérica). En la página VII de la monografía, afirma Ortega que, en puridad, el libro debería contener solo estas fotografías, y que les ha añadido el texto “como a la melodía se añade un acompañamiento”.

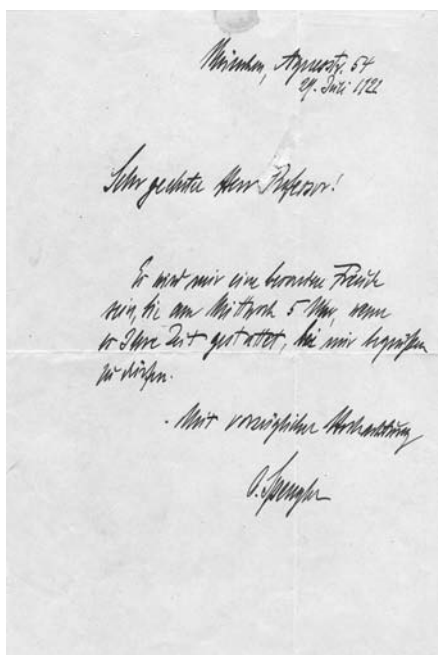
El epílogo de *Las Atlántidas* acaba por desentrañar la crítica al relativismo de Spengler, salvando lo que Ortega considera más valioso de la labor del alemán. La obra de Spengler, lejos de ser la última palabra sobre la cultura europea, es en realidad la primera, pues contiene las incitaciones a desvelar su verdadero sentido estructural sin forzar el unitarismo y respetando la pluralidad de culturas, como las doctrinas de Frobenius o Schulten. Las tres miradas invitan a contemplar las realidades arqueológica y etnológica tal como aparecen y a interrogar a los datos sobre sus íntimas relaciones, sin forzar estas. El último párrafo del libro es una definición de la “cultura occidental” desde su vertiente histórica y axiológica, que termina con una invitación a hacer de la razón pura, “clara razón histórica”:

Por un lado aludimos bajo este nombre [*el de cultura occidental*] a un cierto repertorio de propensiones espontáneas que con suficiente continuidad hallamos activas en la vida occidental. Esta acepción se refiere certeramente a un

fenómeno histórico, como tal limitado y en cuyo recinto todo tiene un carácter relativo. Pero, al mismo tiempo, subentendemos bajo la misma denominación el sistema absoluto de las verdades y de las normas, que es una idea: si se quiere, un ideal sobrehistórico. Uno y otro significado son insoportables. Si ante un problema queremos reaccionar a la europea, tenemos que desentendernos de la aspiración a lo absoluto y orientarnos no en el ideal transhistórico de verdad, sino en la línea histórica de los gestos europeos. Viceversa, si ante un problema buscamos su solución absoluta, nos desentenderemos del módulo europeo e intentaremos muy deliberadamente, merced a una violenta reflexión, libertarnos de nuestro europeísmo. Esta reflexión que nos liberta de la limitación histórica es precisamente la Historia. Por esto decía que la razón, órgano de lo absoluto, sólo es completa si se integra a sí misma haciéndose, además de razón pura, clara razón histórica (III, 772-773).

Documentos:

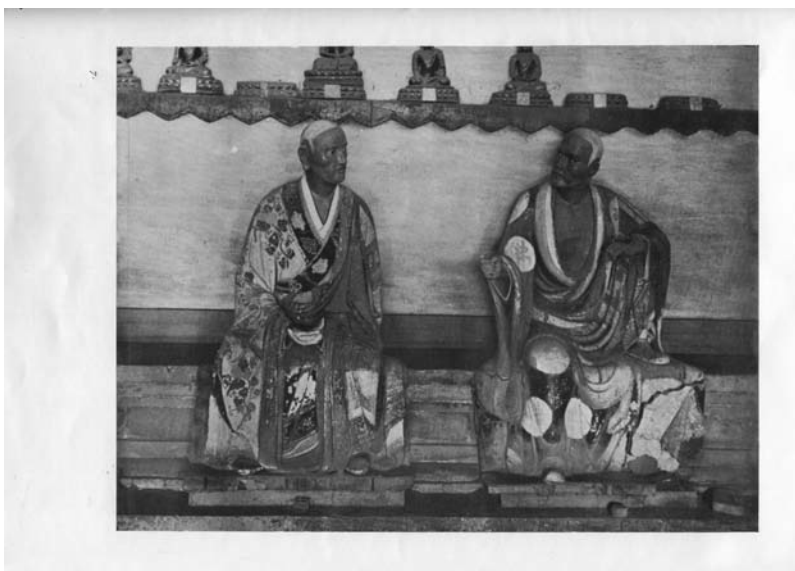
Carta de Oswald Spengler a Ortega, y sobre que la contenía. Munich, 24 de julio de 1922



Fotografía de *Los Lojan del templo de Ling-yen-si, Las Atlántidas*, 1924



Página XLVII de *Las Atlántidas*, 1924



Página XLVIII de *Las Atlántidas*, 1924

Página XLIX de *Las Atlántidas*, 1924



x.



y. (Detalle del anterior)

Página L de *Las Atlántidas*, 1924

Página LI de *Las Atlántidas*, 1924



xx. (Detalle)



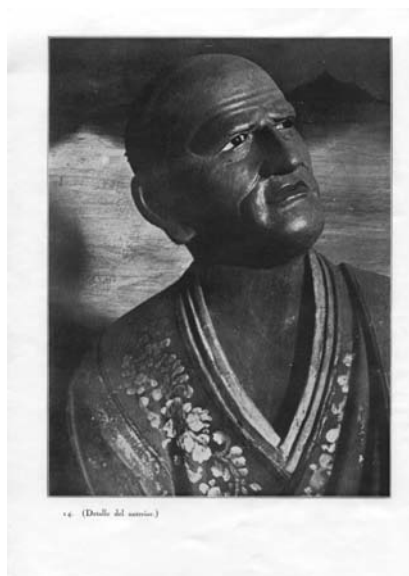
xxi. (Detalle del anterior)

Página LII de *Las Atlántidas*, 1924



Página LIII de *Las Atlántidas*, 1924

Página LIV de *Las Atlántidas*, 1924



Página LV de *Las Atlántidas*, 1924

Página LVI de *Las Atlántidas*, 1924



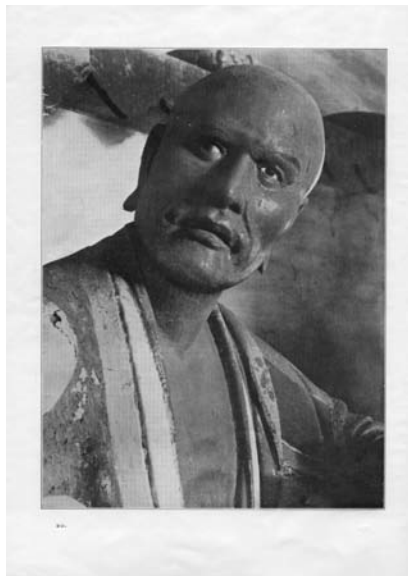
Página LVII de *Las Atlántidas*, 1924

Página LVIII de *Las Atlántidas*, 1924



Página LIX de *Las Atlántidas*, 1924

Página LX de *Las Atlántidas*, 1924



Página LXI de *Las Atlántidas*, 1924



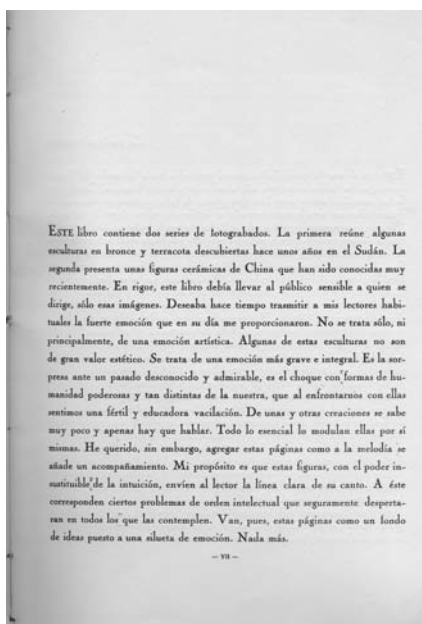
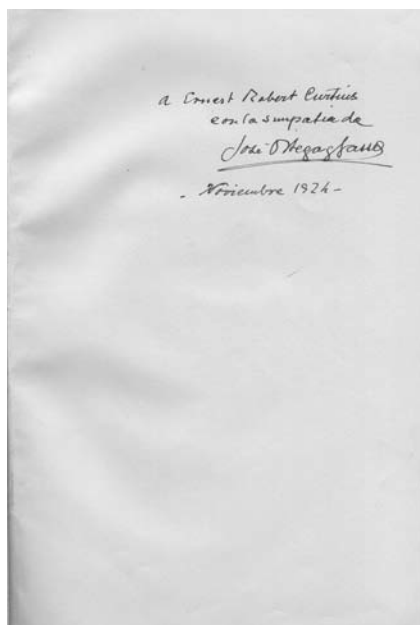
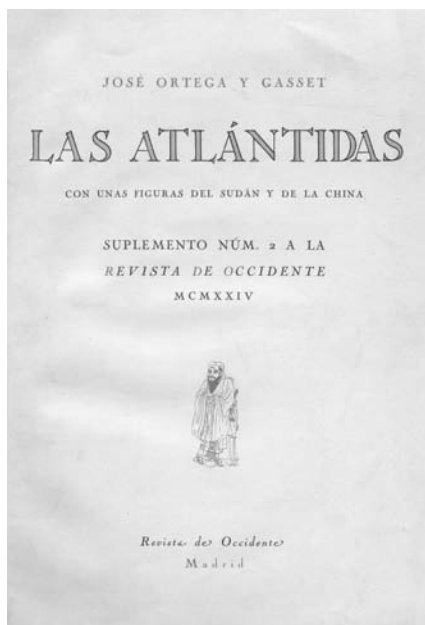
En el Städelische Institut de Francfort, página LXII de Las Atlántidas, 1924



*Otro Lojan en Norteamérica, página LXIII de Las Atlántidas, 1924
(Detalle del anterior), página LXIV de Las Atlántidas, 1924*



Portada, dedicatoria manuscrita de Ortega a Ernest Robert Curtius y página VII del ejemplar de *Las Atlántidas*, conservado en la Biblioteca de la Fundación. Noviembre de 1924



1925. Epílogo: continuidades y discontinuidades

El año siguiente a la aparición de *Las Atlántidas: con unas figuras del Sudán y de la China*, como anejo de la *Revista de Occidente*, se publicó *El decamerón negro*, de Leo Frobenius, una selección de cuentos y leyendas africanas, traducido del alemán al español. La versión fue compleja, por la ausencia de buenos traductores del alemán en Madrid, y ocasionó gastos cuantiosos, lo que obligó a Fernando Vela a solicitar una reducción en la demanda de derechos de autor por parte del instituto Frobenius. Es muy ilustrativa al respecto una carta conservada en el archivo del *Frobenius-Institut* de Frankfurt, remitida por Vela al doctor Jensen, solicitándole un ajuste en el pago solicitado por el antropólogo alemán para la traducción de sus textos al español y su edición en *Revista de Occidente*.

También en 1925 se publicó la cuarta entrega de *El Espectador*. Desde la primera mención del etnólogo alemán, en la tercera edición de *Meditaciones del Quijote* (Madrid: Calpe, 1922), y la primera aparición en prensa de “Dan-Auta. Cuento negro”, hasta la aparición de *El decamerón negro* y la cuarta entrega de *El Espectador* con la, versión orteguiana del cuento africano “Dan-Auta”, analizado en el primer apartado del presente itinerario, han transcurrido solo tres años, en los que las referencias, alusiones, menciones, críticas y aplausos en textos orteguianos al “Lawrence de Arabia” alemán han sido muy abundantes. La correspondencia entre Frobenius y Ortega, y sobre todo entre Schulten y Ortega, confirma esa estrecha relación entre el filósofo español y los investigadores germanos.

Con todo, sea por estas fricciones económicas, o quizás por las críticas vertidas en *Las Atlántidas* (no obstante su atemperamiento con respecto a lo aparecido en la prensa diaria madrileña y argentina), la cuestión es que la comunicación epistolar entre Frobenius y Ortega se ve interrumpida a partir de este año 1925, no así en el caso de Schulten, con quien sigue carteándose hasta entrados los años treinta. Es fácil suponer que, a pesar de lo atinadas y adelantadas a su tiempo, las críticas del madrileño sobre la manera de explicar la difusión de los rasgos de las civilizaciones a partir de la teoría de los ámbitos o círculos culturales, no debieron de sentar demasiado bien a ninguno de los dos pensadores germanos. Con todo, no se debe dejar de señalar que la evolución de la antropología en general, en especial los cambios que en los mismos años veinte estaban teniendo lugar en la escuela cultural norteamericana de Franz Boas y que iban a influir muy beneficiosamente tanto en la antropología social británica como en la etnología francesa, así como la propia *Völkerkunde* alemana de la postguerra, acabarían por dar la razón a Ortega y dejar a un lado el difusionismo y las teorías del ámbito o círculo cultural de Frobenius.

El año 1925 verá, no obstante, otras continuidades muy fructíferas. El interés por la arqueología y, sobre todo, la prehistoria marcará el devenir de la Sociedad de Cursos y Conferencias ese año de cambio de lustro, con la participación en las actividades del prestigioso investigador alemán Hugo Obermaier, excavador y estudioso de las pinturas de la cueva del Castillo en Puente Viesgo (Cantabria, 1910-1914), yacimiento descubierto por Hermilio Alcalde del Río en 1903. En ese mismo año, el prehistoriador alemán había dado a las prensas la segunda edición de su libro *El hombre fósil* (Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Memoria 9, 457 pp.), presentado en el ciclo de conferencias que imparte en la Residencia de Estudiantes. El año anterior se le había concedido la nacionalidad española, y desde 1922 era el primer catedrático de “Historia Primitiva del Hombre”, en la Universidad Central de Madrid y miembro de número de la Academia de la Historia. Seguramente, sus intervenciones despertaron vivamente el interés de Ortega, que participó en un banquete celebrado en su honor con ocasión de las conferencias.

Documentos:

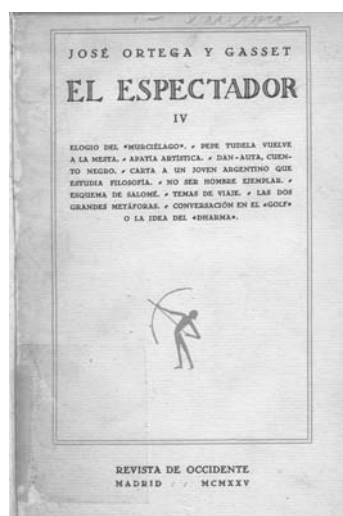
Carta de Adolf Schulten a Ortega. Adjunta una carta dirigida a Manuel García Morente. 30 de enero de 1924

Carta de Adolf Schulten a Ortega. 12 de marzo de 1924

Carta de Adolf Schulten a Ortega. 24 de noviembre de 1924

Carta de Adolf Schulten a Ortega. 7 de abril de 1925

Portada de *El Espectador IV*, donde se incluyó “Dan-Auta (cuento negro)”. Madrid, Revista de Occidente, 1925.



- Carta de Adolf Schulten a Ortega. 7 de abril de 1926
Carta de Adolf Schulten a Ortega. Adjunta unas pruebas de imprenta corregidas. 11 de agosto de 1926
Carta de Adolf Schulten a Ortega. 9 de diciembre de 1926
Carta de Adolf Schulten a Ortega. 23 de octubre de 1932
Carta de Adolf Schulten a Ortega. 4 de marzo de 1933
Carta de Adolf Schulten a Ortega. 2 de mayo de 1933
Carta de Adolf Schulten a Ortega. 5 de mayo de 1933
Carta de Adolf Schulten a Fernando Vela. 18 de mayo de 1933
Carta de Adolf Schulten al Centro de Estudios Históricos. 26 de mayo de 1933
Carta de Adolf Schulten a Ortega. 28 de junio de 1933

© Herederos de José Ortega y Gasset.